

LA NOVELA SEMANAL

L 52-6



RELMU

POR

ESTANISLAO S. ZEBALLOS

PRECIO: 10 Centavos

Más de 200.000 personas la leen



Antes de esta fecha debe Ud. remitir la solución si quiere tomar parte en el interesantísimo y fácil

GRAN CONCURSO

del perfumado, adherente, invisible y exquisito

POLVO GRASOSO

Brissac.

El dicho autorizado por el Superior Gobierno y cuya SERIEDAD está PLENAMENTE GARANTIZADA.

\$ 10.000 m/n.

repartidos en 200 valiosos obsequios

serán distribuidos entre los participantes que acierten la solución de acuerdo con las bases y condiciones detalladas en los folletos que repartimos gratis y que pueden solicitarse en todas las Tiendas, Farmacias y Perfumerías, y cuya idea principal consiste en adivinar

¿Cuántos granos de arroz contiene la caja?

Para tomar parte en nuestro grandioso CONCURSO debe usted remitir la solución por correo DENTRO DE UNA CAJA VACÍA DE POLVO GRASOSO "BRISSAC" cerrada con su correspondiente tapa, envuelta en un papel y franqueada con una estampilla de cinco centavos, indicando "muestras sin valor".

A pedido de numerosas favorecedoras que no han podido proveerse de la caja respectiva por falta momentánea del artículo en algunas casas de venta, hemos resuelto postergar la clausura de nuestro CONCURSO hasta el 31 de marzo próximo. Esta fecha será definitiva.

PRECIO DEL POLVO "BRISSAC" \$ 1.40 LA CAJA

UNICOS CONCESIONARIOS: **L. AUBERT & Cía.** 1958 - CHILE - 1972 BUENOS AIRES
Unión. Teléf. 7250. Libertad

"LA NOVELA SEMANAL"

Administración: FLORIDA 248—Buenos Aires—U. T. 946, Avenida
Unico Concesionario para la venta en la Capital Federal:
LUIS B. GALVAN, Sarmiento 730.

Agencia en el Uruguay: Rio Negro 1266. — MONTEVIDEO.

Las personas que tengan interés por la venta en el interior de la República Oriental, pueden solicitar la sub-agencia a esa dirección.

Agente en Rosario: CELEDONIO ECHAVE.

Agente en La Plata: AGENCIA CARBONELL, calle 48, núm. 633.

Agencia en Mar del Plata: Diario "La Capital", San Martín 2451.

Agente en Córdoba y Río 4.º: NICOLAS GULFO.

Y en todas las principales localidades de la República.

Las personas que tengan interés por la venta de "LA NOVELA SEMANAL" en las localidades del interior de la República, donde no tengamos representantes, pueden solicitar la agencia de nuestro semanario, siempre que acrediten tener la responsabilidad necesaria para el caso, a la Agencia General, Rivadavia 1573, Buenos Aires.—
LA ADMINISTRACION.

IMPORTANTE PARA EL LECTOR

Todas nuestras obras pueden adquirirse en la Administración, Florida 248, o en los kioscos, estaciones del subterráneo y ferrocarriles, vendedores de diarios o a nuestros agentes del interior y exterior.

En la última página insertamos parte de la lista de las interesantes obras publicadas. Soliciten la nómina completa a esta Administración, Florida 248.

En los días 31 de Marzo y 1.º de Abril se pondrá en venta
"EL BASTONAZO", por Belisario Roldán
Número especial en 2 partes

¡Muchachas! ¡Pruébenlo! Tengan una Cabellera Abundante, Bonita y Ondeada

Toda partícula de caspa desaparece y el cabello no se cae más

Humedezca un paño y pásesele por el cabello, y duplicará su

belleza al momento

Su cabello se pondrá ondeado, sedoso, abundante y se verá tan suave y lustroso como el de una niña, después de usar "Danderine Purificador del Cabello". Pruebe esto: humedezca un paño en un poco de Danderine y pásesele cuidadosamente por el cabello, tomando un pequeño ramal cada vez. Esto le limpiará el cabello de polvo, suciedad y grasa excesiva, y en pocos minutos duplicará su belleza.

Además de embellecerlo al instante, Danderine destruye toda partícula de caspa, limpia, purifica y fortalece el cráneo,

evitando la picazón y, la caída del cabello.

Lo que más le agradará será ver cómo, después de haberlo usado por varias semanas, le sale cabello nuevo, fino y suave, creciéndole, por todo el cráneo. Si quiere usted tener el cabello bonito, suave, y, sobre todo, abundante, compre un frasco de Danderine de Knowlton en cualquier botica o almacén, y pruébelo.

¡Cuide su cabello! ¡Embellézcalo! Usted se convencerá de que ésto ha sido el dinero mejor empleado.

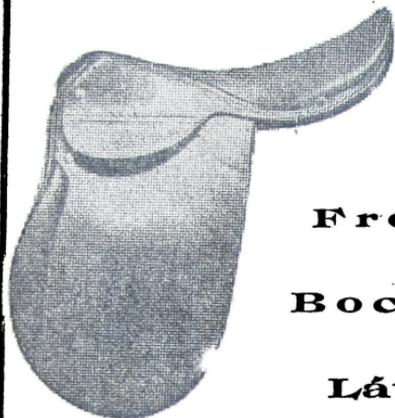
PEDRO E. MATTALDI,

667 - SARMIENTO - 683

— BUENOS AIRES —

ARTICULOS DE VIAJE Y TALABARERIA

MONTURAS PARA
CARRERA, PASEO
Y POLO



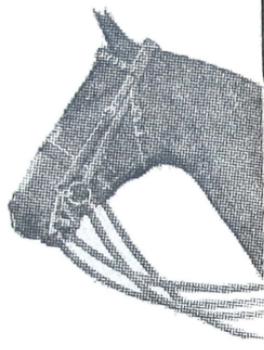
Frenos

Bocados

Látigos

Cabezadas

y Riendas



Confiemos en que tanto las mujeres como los hombres adoptarán esta costumbre

Un vaso de agua caliente tomado todas las mañanas nos ayuda
a parecer y sentirnos limpios, confortables y frescos.

Un cutis bien limpio, terso, pulido, firme, vigoroso y activo; una tez rosada natural, y estar libre de enfermedades, se logra sólo con sangre pura y sana. ¡Cuántos cambios satisfactorios ocurrirían sólo con que cada mujer y cada hombre se dieran cuenta de las maravillas del baño interno!

En lugar de los miles de hombres, mujeres y niños enfermos y de aspecto anémico, de mujeres y niñas con semblante macilento o terroso; en lugar de la multitud de "agotados nerviosos", "abatidos", "fatigados mentales" y pesimistas, veríamos en todas partes una muchedumbre de optimistas con mejillas rosadas.

A las personas propensas a jaquecas, biliosidad, mal aliento, reumatismo, resfriados; y particularmente las que tienen cara pálida, cetrina y padecen con frecuencia de estreñimiento, se les recomienda procurarse en la botica un cuarto de libra de fosfato limestone, el cual costará una insignificante, pero es suficiente para demostrar el rápido y notable cambio que aguarda tanto en la salud como en apariencia a los que practican el aseo interior. Debemos recordar que la limpieza interna es más importante que la externa, porque la piel no absorbe impurezas para contaminar la sangre, mientras que los poros de los treinta pies de intestinos, sí.

EL LUNES PRÓXIMO PUBLICAREMOS
"LA VENDEDORA DE HARRODS"
de JOSUÉ A. QUESADA

Ha escrito el autor una novela sentimental de ambiente porteño, en la que narra la historia real de una vendedora, historia que es la de muchas obreras que sacrificaron su juventud en pos de un ensueño de amor.

RELMU

LA REINA DE LOS PINARES

POR

Estanislao S. Zeballos

ADAPTADA A "LA NOVELA SEMANAL" POR E. R. L.

I

Vagábamos a través de las oscuras enramadas y de las abras del monte, estremeciéndonos a cada instante al escuchar los ruidos misteriosos de la noche del Desierto.

Los troncos, las ramas, y enredaderas que interrumpían el camino, nos obligaban a describir largos rodeos, y cuando volvíamos a la ruta, estaba de nuevo interrumpida por los barreros blandos y pegajosos, que era necesario orillar. Otras veces, retrocedíamos ante un obstáculo inesperado, y errábamos algún tiempo, tentando la salida hacia adelante. Los desvíos eran un peligro que nos alejaban del rumbo salvador del "Chadi Leuvú", seguido desde la isla de los chañares al romper la marcha. Huíamos de esta suerte, silenciosos, ateridos, en el seno de la noche helada, y sufriendo en todo el cuerpo el quebrantamiento que producen la zozobra y el cansancio; pero; cuando mi cabeza caía abatida sobre el pecho, sentía al oído, como un supremo murmullo de aliento y de esperanza las palabras que, con sigilosa voz había pronunciado el Coronel Baigorri en la noche memorable de "Calcu Manuel" (Monte de las Brujas).

—... Y una vez en fuga al Poniente, no te detengan ni las espigas ni las arenas, ni los tigres, ni la sed, ni el hambre. ¡Trote y trote, hijito! ¡Siempre al trote largo!...

El cielo estaba toldado, pero claro y sereno, sin los grandes

TAPAS PARA COLECCIONES: Habiendo recibido numerosos pedidos de tapas para colecciones "La Novela Semanal" hemos ordenado la confección de unas artísticas cubiertas que formarán tomos de veinte novelas cada uno y cuyos precios y condiciones anunciaremos en el próximo número.

movimientos de vapores que anuncian las tempestades furiosas. El aire acuoso se escarchaba en los bigotes, y las orejas, la nariz, los dedos de las manos y de los pies habían perdido toda sensibilidad, pasmados de frío.

A veces me detenían o enredaban los caballos de tiro, cuando saltaban espinas, rodeaban algún tronco o se cruzaban por la grupa del mío.

En medio de estas angustias aguardaba ansioso los reflejos precursores de la luz, que señala los caminos de la salvación al naufrago del Desierto, que calienta los organismos yertos, apaga los rumores siniestros del bosque pampeano, aleja al tigre a su guarida y disipa el pavor supersticioso, que hace estallar a cada instante el corazón del cristiano fugitivo.

La humedad del aire aumentaba gradualmente, y la niebla, transformada luego en llovizna penetrante, se resolvió al fin en torrencial aguacero.

Salimos a un llano extenso, en cuyo centro brillaba una laguna dulce, rodeada de finas gramíneas, que lavadas por la lluvia, se presentaban con todas las galas del prado.

La claridad del día nos amparó allí. El cielo de tormenta, despejado ya de tantos vapores, se conservaba no obstante espeso y sombrío con las nubes altas y tendidas. La niebla copiosa y fría sucedió al chaparrón. Estaba declarado el temporal del sudoeste, que parece nacido de las cumbres nevadas de los Andes para derribar sus vientos fríos sobre las pampas orientales.

La luz no vino a fortificar mi alma, sino a aumentar su zozobra, porque nos hacía comprender la inseguridad de la marcha, después de tantos rodeos, a través de la selva ranquelina.

La selva, en pleno temporal, era para nosotros el abismo.

Panchita no había pronunciado una palabra durante todas las vicisitudes de la marcha.

Su cuerpo, protegido por el "chamal" (manta) de bayeta colorada y por un "quillango" (manta de pieles) de guanaco, que envolvía sus pies, conservaba el calor; y al recibir el aire de la mañana, al borde de la laguna verde del abra, su organismo reaccionó, su espíritu parecía rehecho y con fuerzas para montar a caballo y arrostrar los peligros de la huída.

¡A caballo y al trote! ¡Ah! Pero al trote, ¿hacia dónde? Trote y trote al Poniente, había dicho el Coronel Baigorria. ¿Dónde era el Poniente?

Observé la dirección seguida durante la noche y dándole la espalda, nos internamos de nuevo en la opuesta ceja de monte.

La marcha no era fácil. Los caballos estaban fatigados, y el suelo, minado por enjambres de misteriosos "tucutucus" y penetrado por la lluvia, se hundía a su paso. El agua invadía las hondas galerías subterráneas, y marchábamos en pleno y pegajoso aguazal.

Esta forma de los terrenos que se presenta en las mayores extensiones del Desierto durante el invierno, es el "Guadal" (pantano peligroso) temido por los indios mismos.

No era posible apurar el trote y a menudo apenas salíamos al tranco de los barreros, porque la fatiga de los caballos crecía visiblemente en esta lucha.

Nos detuvimos en la espesura de una isleta de caldenes enhiestos y escuchamos. ¡Silencio profundo! Ni un leve rumor lejano. Miramos alrededor nuestro y la selva parecía virgen, sin un árbol herido por el brazo del montaraz. El suelo cubierto de la espesa capa de las hojas caídas en Otoño, no revelaba las huellas del hombre... de las fieras.

¡Esa inmensa y tranquila soledad, parecía acariciar el corazón de los cautivos desamparados!

Nos apeamos para dar un resuello, saqué los frenos y aflojé el rumbo. El refugio en la isleta me había separado de la dirección general. Para volver con seguridad a ella, era necesario buscar los rastros y estos se perdían entre la masa elástica de las hojas caídas. Pude hallarlos al fin y adopté para lo sucesivo esta precaución: al hacer alto, trazaba en el suelo con el puñal una larga flecha, cuya punta señalaba la dirección de la fuga.

¡Tanto afán podría ser inútil, sin embargo! La flecha ¿marcaría el rumbo propicio, o nos conduciría de nuevo a Leuvucó?

Seguimos al trote sostenido no sé cuántas horas; pero nos parecieron muchas y muy largas. El día era desconsoladoramente gris. La lluvia fina, penetrante, helada, no se había interrumpido.

Los caballos respiraban jadeantes; pero eran caballos de indio y no temía que su vigor se agotara pronto.

• Debíamos estar muy lejos de "Leuvucó", acaso a quince leguas, si la dirección llevada era buena, y la soledad y el silencio del monte, indicaban que por este lado no lo habitaban los "ranqueles".

Extenuados de fatiga, frío y debilidad, decidí tomar un descanso, y desensillar.

Nuestro equipaje se reducía a dos recados, una alforja con carne de yegua para cuatro días y por armas dos puñales; pero el arma decisiva eran los caballos y llevábamos de reserva, además de los montados, el "parejero" obscuro, estrella blanca en la frente, que Painé enfrenaba en los grandes días de pelea.

Comimos sin repugnancia el charqui aireado, y luego el sueño nos rindió.

No sé cuantas horas duró el sueño, pero pocas veces en mi vida he dormido tanto, con más tranquilidad, ni con fruición más pura.

El aire crudo del nuevo día, me despertó y me alcé de súbito, asustado de haber dormido!

El paisaje era sereno, espléndido, su colorido abrigado por la lluvia.

La única nube que no se disipaba, era la que obscurecía la dirección del camino. El sol marcaba los puntos cardinales, ¿pero quien nos diría dónde estábamos?

¿No conociendo, la base de partida, a dónde dirigiríamos la fuga? Una realidad terrible palpitaba sin embargo. La peregrinación nocturna a través de los obstáculos de la selva, me había alejado del "Chadi Leuvú", del camino salvador del Poniente.

La selva ranquelina forma una faja que corre de Norte a Sur y su extensión de Este a Oeste es relativamente angosta. Caminando de "Leuvucó" al Oeste la selva termina a una jornada, y con ella la fertilidad del suelo que luego es estéril y terrible: "La travesía del Chadi Leuvú".

Debíamos estar en "la travesía" y nos hallábamos aún en la "selva". Allá estaba San Luis, al fin de muchas jornadas; aquí, la Vida, y la Muerte, las fieras, el hambre...

Reanudamos la marcha, y al rodear un barrero dimos con un camino de salvajes. Las huellas frescas indicaban que habían pasado hacía poco.

—Era claro: ¡Nos seguían!...

Tomamos otro rumbo que el de ellos, mas, tras mucho andar, dimos de nuevo con las huellas.

No eran pisadas de caballos "serranos" estaba seguro de que eran de mulas, y me preguntaba ¿qué indios serán estos que las ensillan en sus correrías, contrariando sus hábitos militares?

II

El monte raleaba. Continuamos marchando, y al caer la tarde, echamos pie a tierra junto a una lagunita.

Al apearnos noté que Panchita se ponía amarilla, y su aspecto me consternó:

—¿Qué tienes? — la pregunté con voz entrecortada y temblorosa.

—¡Mirá!... contestó, señalando a la playa.

Estaba cubierta de rastros recientes de tigres, algunos de ellos humedecidos con el agua que se había escurrido de las garras al salir de la laguna.

Observé la dirección que llevaban las fieras y todas iban a una isleta de algarrobos. Nos alejamos de este sitio, aprovechando el último amparo del día, para buscar un abrigo donde pasar la noche.

Acampamos a una legua de la lagunita, al pie de un viejo algarrobo.

La jornada me pareció de veinte leguas, y los caballos tenían poco que comer. ¡Nosotros, nada! El charquí de yegua se había caído en el camino.

Algunas horas pasaron sin que el silencio imponente de la noche fuera interrumpido.

Los bulliciosos moradores del bosque cercano, renunciaban a su algarabía habitual.

No escuchaban, en efecto, mis oídos vigilantes el silbido del "miloun", el grito desabrido de la "chuña", la charla de los loros acechados por el zorro, el maullido del "huñá" (gato montés). cazador, el bramido del tigre o el chillido crispante de la "cuzcúúú" (lechuza).

La selva ranquelina dormida, me parecía evidente favor de Dios, porque los indios recuerdan siempre con miedo el estrépito de sus noches infernales.

La visión del tigre que había visto aquella tarde, me obsesionaba. Las leyendas ranqueles sobre el "Vutá-Hucutnrú" (Hombre grande) como llaman al tigre, acudían a mi memoria.

Recordaba que el indio "Pichiló" me había referido cierta historia.

Perdido en una invasión llevada a la posta de la "Esquina de Lobatón", encontró al tigre en la orilla de una laguna con una isleta en el centro.

La fiera soplaba el suelo y agitaba la cola al llevar su ataque. El indio asustado entró al agua y se guareció en la isleta. El tigre se echó a nadar también:

Afligido "Pichiló" y asaltado en el último refugio, caminó a pie resueltamente hacia el enemigo, y al tenerlo cerca alzó los brazos en cruz nerviosamente, lanzando un grito indescriptible, desesperado, de espantosa agonía que resonó en los campos como la maldición de un gigante herido.

La fiera se detuvo, retrocedió en el agua y se alejó mirando de cuando en cuando hacia atrás, como si aún la hiriera el bramido feroz del araucano acosado...

Me alentaban estos recuerdos, cuando la realidad se presentó desnuda y cruel. Los caballos estaban asustados. Remolineaban, parando las orejas. Un resoplido de bagual aterrado me dejó confuso...

Con el cuchillo en una mano y los cabestros de los caballos en otra, adelanté hacia la niebla; pero me detuvo una voz

—Si vienen los indios no te espongas... ¡yo salvaré tu vida entregándome a ellos... hi velao dende agora y hi sentío rufo al lao del camino de aier...

Panchita descendió resueltamente sin darme tiempo para impedirselo, y se puso a mi lado, agregando con acento apagado al oído:

—Es mejor enfrenar los caballos y juir en pelos, porque los indios no están cerca toavía...

La firmeza de su espíritu rehecho del terror que le infundía la muerte a que fuera condenada en "Leuvucó", devolvió a mi alma el temple necesario para afrontar la angustiosa situación que nos rodeaba.

Me eché de barriga en el suelo, acerqué el oído a la tierra. Ni un rumor, ni un tropel lejano de jinetes se sentía.

—Panchita, dije, vuélvete al algarrobo. Los caballos tienen miedo de los zorros.

—¡Ió no me moveré de tu lao, contestó con enérgico acento y voz segura...

—¡Mirá!... Quieren cortar los lazos, están desesperaos, anda algún animal cerca... ¿No tomáis el olor?

—Es el olor del zorro, contesté.

Los caballos habían llegado al paroxismo del terror. Trotaban a saltos en torno nuestro, bufaban, pateaban y se sentaban cabeceando con fuerza extraordinaria para cortar los lazos y dis. parar.

El "Maicá", favorito de mi silla, era el más alborotado. Recogí su lazo firmemente y lo acerqué, nombrándolo:

—¡Maicá! ... ¡Maicá! ... pingo ... — le decía, palmeándolo, Se oyó un terrible bramido.

"Maicá" se abalanzó arrancando como una flecha, pero el estrón del fuerte lazo "chileno" lo dió en tierra redondamente.

Yo mismo, enredado de las piernas caí como cuerpo muerto; pero me levanté de un salto y con el cuchillo en la mano... Panchita estaba ya a mi lado, trémula, muda...

"Maicá" bufaba y se sentaba forcejeando. "Choiqué-Luan", el otro caballo de mi confianza, había cortado el lazo; pero en vez de huir a los montes buscaba aterrado a "Maicá", olía y bufaba tembloroso.

El horrendo estallido del asalto, fué instantáneo y seguido de un tropel prolongado. El picazo estrella blanca de Painé había cortado el "maneador" y disparaba.

Después oímos ruidos de lucha y otra vez el bramido furioso que precede al asalto, un crujido seco y espeluznante de cuero vivo rasgado en la res y el golpe sordo del cuerpo pesado que se desploma. Esto sucedía tan cerca de nosotros, que sin verlos, percibíamos todos los detalles de la pavorosa escena.

El tigre había cazado al picazo y bramaba sordamente.

Ensilé los caballos, y nos dispusimos a marchar, pero, la niebla era muy espesa. Con los caballos de la rienda esperamos. Cuando aclaró emprendimos la marcha al galope largo, necesitá-

bamos alimento y fuego, y no ténfamos esperanzas de encontrarlos.

III

En el primer alto para dar resuello a los caballos, corté dos gajos de "caldén" seco. Los indios sacan fuego con palitos, que frotan introduciendo uno en el corazón del otro.

Peró la textura vidriosa del "caldén" no ofrecía la resistencia necesaria y mi intento fué estéril.

Busqué yerbas frescas, cuyas raíces nos alimentaran y apenas pude reunir los filamentos agotados de los pastos secos del otoño. Las gramíneas de primavera germinaban a la sazón.

La marcha era por consiguiente tristísima en medio de las sonrisas de la naturaleza.

Mientras el hambre amenazaba nuestras vidas, la selva parecía sonreír alrededor con los esplendores que guarda la tierra ranquelina aun en la estación del frío y de las nieves.

De repente los caballos muerden el freno, asustados de un zorro que huye hacia el matorral cercano con un loro en la boca; y poco después nos cierra el paso el león de América, el "puma" ceniciento de la pampa.

Los caballos le temen, pero, ni los caballos ni el hombre se estremecen a su encuentro como a la faz del tigre.

Si hubiera sido agresivo, yo habría sucumbido, por la debilidad de mi cuerpo; pero su misma nobleza armó mi brazo.

Con injusticia, pero con hambre, me arrojé sobre el viejo morador de las breñas, que se inclinaba a nuestro paso y cedía el campo humildemente, haciéndonos gracia de la vida.

En un instante le corté el camino con el lazo armado, y ciñéndoselo de un tiro feliz en el pescuezo, clavé espuelas al caballo y partí a escape con la fiera aturdida, semiahorcada y a la rastra, en dirección a un caldén corpulento.

El cráneo de aquella se estrelló contra su tronco, y aprovechando el primer instante de aturdimiento producido por el choque, corrí en torno del árbol, dando vueltas al lazo, de modo que el "puma" quedó amarrado como toro en el palenque.

Llamé entonces a Panchita, que contemplaba atónita la escena, y apeándome del caballo le dí sus riendas.

—Tíralo, dije, para que el lazo esté siempre firme...

Fuí al "puma", le eché mi poncho a la cara, que desgarró bramando mientras le hundía el puñal en la olla, antes que acertara a dirigir sobre mí su garra formidable.

Hice la carneada en pocos minutos, sacando dos asados de sobre las costillas y la riñonada, que según costumbre de los indios, até a la cola del caballo para que se orease, como santo remedio en los casos frecuentes de inflamaciones producidas por quebraduras y por golpes.

Habitados a devorar en "Leuvucó" y en campaña platos de sangre cruda en cuajarnes, con sal y yí, la carne del puma nos causaba náuseas. Panchita lanzó bilis al chuparla. Yo sufrí los mismos efectos un instante después. Este alimento abundante agravaba, lejos de aliviar, nuestra penosa situación.

Había pasado el medio día. El monte era más ralo y muy bajo. Estaba seguro de que nos acercábamos a una comarca nueva.

Inesperadamente, al salir de las últimas sombras de una isleta, dimos un grito supremo y cayendo de los caballos levantamos las manos al cielo dominados por una emoción indefinida.

El horizonte estaba despejado al frente apenas interrumpido por el monte achaparrado, amarillento y triste de las travesías; pero allá lejos, muy lejos, sobre el fondo límpido y consolador del cielo celeste, alzaban sus cumbres redentoras los cerros de San Luis!

IV

Recorríamos los contornos en busca de agua, y guiados por el grito de los "teru-terus" llegamos a una pequeña laguna dulce. En todos sus alrededores revelaban la presencia reciente de un grupo de viajeros, las cenizas del vivac, los rastros de camas hechas sobre las pajas, las huellas de los animales y el barro chapaleado.

Descubrimos allí de nuevo las pisadas de las mulas y las rayas de lanzas, que nos habían inquietado anteriormente.

Aquí había dormido la misteriosa caravana que nos llevaba una jornada de ventaja.

Bebimos agua y reflexionamos en medio de una situación insostenible, pues apenas podíamos montar a caballo. Nuestros semblantes asustaban y nos ocultábamos recíprocamente las impresiones que sentíamos al mirarnos.

De allí a San Luis había veinte leguas por lo menos. Camino de tres días a través de campos "guadalosos" y cubiertos de espinas! ¿Resistiríamos? ¿La suerte nos sería propicia salvándonos de las partidas de indios que diariamente merodeaban alrededor de las poblaciones avanzadas de San Luis?

Usa hora perdida en el Desierto podría ser causa de nuestra muerte. Montamos, pues, sobre aquellos caballos bienhechores que parecían con músculos de acero y nos lanzamos al hondulado mar de arenas coronadas de espinas, mirando hacia las cumbres, como el hijo ausente que torna al hogar y descubre desde lejos a la madre idolatrada.

Los caballos comenzaban a resentirse de una fatiga que antes no había notado: la marcha en la travesía los hallaba débiles y era necesaria la mayor prudencia para no rematarlos.

Hicimos alto en el centro del arenal, bajo las ramas flexibles, para dar de comer a aquellas bestias salvadoras, las escasas y resacas yerbas que crecían en el suelo estéril al abrigo de los arbustos.

Nuestra debilidad era alarmante. Ensayamos una nueva comida de carne de "puma" y fué imposible retenerla.

El sueño mismo nos abandonaba, teníamos una fiebre lánguida e indescriptible, y la amenaza de una larga noche de Julio en la soledad peligrosa y fantástica de la travesía.

A la primera claridad ensillamos los caballos y quedamos tan cansados de hacerlo como si hubiéramos levantado enormes pesos.

Montamos a caballo, arrastrando penosamente las piernas sobre los recados, con un esfuerzo supremo, y al ponernos al trote corto, que era el único aire de marcha permitido por el "guadal", nos veíamos a menudo expuestos a caer desfallecidos y guardábamos el equilibrio, asiéndonos con ambas manos de las cabezadas y las crines.

Así marchamos, sin cesar, cayendo y levantándose los caballos en el suelo hueco, que faltaba a sus pisadas, hasta el medio día, hora en que llegamos a la orilla de una gran laguna salada, de bordes espumosos y rosados, en cuya orilla había tendido su línea rosada una elegante banda de flamencos.

A poco andar nos detuvo una sorpresa: las huellas que ya habíamos hallado. Era necesario seguir las, aunque fueran del enemigo. ¿Qué otro rumbo seguir en el Desierto?

El sol declinaba, el ánimo iba faltando por momestos, mas, era necesario triunfar del hambre y la debilidad, y al trote, casi al galope, seguimos aquellas huellas.

No se había entrado aún el sol, cuando llegamos al pie del cerro que nos guiaba desde la víspera. Nuestros corazones latieron. ¡El valle en las sierras es la vida!...

Un precioso arroyuelo de agua cristalina corría a nuestros pies. Los caballos se precipitaron al cauce y la sed los detuvo en el centro de la corriente. Olfateaban y bebían las ondas purísimas con desesperación.

Salimos al fin, y costeano el arroyo llegamos a un grupo de árboles, donde Panchita, que iba algunas varas a mi derecha, se arrojó del caballo violentamente, gritando con voz llorosa:

—¡Juego, juego! Bendita seáis. ¡Virgen María!...

Habíamos encontrado un fogón, con tizones encendidos y alrededor muchos huesos roídos por los perros.

¡Los tizones ardieron, la carne del león fué asada y triunfamos al fin del hambre!

Esta providencial victoria nos pareció un augurio feliz en el primer momento; pero después de saciados, nos horrorizamos de la temeridad de mantener las llamas delatoras de una fogata en el Desierto.

Apagamos al instante la hoguera y dejamos un tronco encendido,

V

Panchita había asado carne de "puma", pero, al tomar el primer bocado la volvimos. Y estábamos extenuados, materialmente muertos de hambre, y en tales condiciones, ni yo, ni ella podíamos ensillar los caballos y montarlos.

Pasamos mucho tiempo silenciosos, luchando con la existencia, con los dolores y con el frío, cuando vimos aparecer en las cumbres del Norte una traviesa y gallarda tropilla de guanacos.

Los guanacos hufan. ¿De quién? ¿De un tigre? ¿Del hombre?

Momentos después Panchita me avisó que estaba un indio, apoyado en su larga lanza, a caballo, sobre la cumbre que yo no había podido escalar!

¡Miraba sigilosamente! Caminó algunas varas a derecha e izquierda, cual si explorara el valle en todas direcciones y no lo vimos más.

¡Era un "bombero"! La emoción nos puso de pie y ensillamos los caballos con inesperada rapidez; pero una vez ensillados ¿qué haríamos?

La realidad de nuestra perdición nos abrumó. Sin fuerzas para la lucha física, me arrojé abatido al pie del árbol, con el caballo de la brida. Las lágrimas rodaron sobre mis mejillas y los recuerdos de mi madre y de la libertad de mi patria salieron a mis labios.

Un tropel lejano se oyó en seguida, y después apareció en la quebrada un pelotón de indios que se vino sobre nosotros. El jefe alzaba un sable formidable de los tomados por los indios a los coraceros de Rosas, y montaba un caballo soberbio, y de pelo rarísimo. Un momento después hicieron rayar los caballos en el paso del arroyo, vociferando en castellano arribeño:

—¡Déense presos

Era el capitán Gatica. ¡Estábamos salvados! Y Panchita, tan heroica en los peligros de muerte, cayó sin sentido al oír el grito de la vida!...

Nuestra enfermedad, que era de hambre y de fatiga, duró pocos días. Nos cuidaban cariñosamente en el campamento del capitán Gatica. Este se componía de veinte hombres, de los cuales ocho eran cristianos y los otros doce ranquelinos, de la tribu del cacique Pichun.

Era la misma caravana que durante la fuga nos inspirara tantas zozobras. Había salido del monte de "Trapal" el día de la muerte de Painé.

El capitán Gatica estaba acampado en la sierra del "Lince", que así se llamaba el puerto de nuestra salvación, es decir, a medio día de camino al Sur de San Luis.

El capitán desaparecía todas las noches de la sierra, reemplazándolo el sargento Orosco como jefe de campo. Regresaba a veces al clarear el día y otras veces estaba veinticuatro horas ausente.

Una tarde, poco antes de entrarse el sol, llegó una mujer, por el camino de Mendoza, con caballo de diestro. Había galopado muchos días para encontrarnos.

El capitán Gatica le hizo grandes honores, y se internó en la sierra con ella, sin testigos, a la vez que el sargento Rufino Orosco, uno de los cristianos del coronel Balgorria, hijo de San José del Morro, salía en comisión, solo y con caballo de reserva.

Al día siguiente, la mujer había desaparecido y al anochecer llegaban a nuestro campo el sargento Orosco y un soldado con el uniforme del famoso regimiento de "Auxiliares" de San Luis. El soldado se marchó poco después de mudar de caballo y de hablar con el capitán Gatica.

Muchas veces había pedido explicaciones a éste, sobre los misteriosos movimientos de nuestro campo, y le reclamaba medios para mi viaje. El esquivaba siempre una aclaración y me decía con cariño:

—Aguardate, hijito, que pueda hablar y te he de decir todo...

Los viajes misteriosos se sucedían, iban y venían soldados del regimiento de "Auxiliares".

Una tarde emprendí la ascensión al cerro "Lince".

Apenas me había dado cuenta de la orientación de los lugares, cuando vi al capitán Gatica que subía a reunirse.

—Liberato, dijo al llegar, es tiempo de que sepáis todo lo que pasa...

—La contemplación de San Luis, respondí conmovido, me arranca lágrimas, porque está en el camino que ha de llevarme a la casa de mi madre...

—¡Ah! hijito, ¡o también tengo madre, padre y hermanos en el "Frayle Muerto" y hace diez años que nadita sé deos. Tengo mujer con hijos en Río IV y solamente sé que viven en la miseria...

Aquí está la lista que Rosas ha mandado al Gobernador de San Luis, para que afusile a cualquiera de los que agarre, "por salvajes unitarios alidos a los bárbaros..."

Tomé un papel amarillizo y leí estremecido la lista de los principales unitarios que aún vivían refugiados en los toldos ranquelinos, después de las derrotas de los ejércitos libertadores!...

—Ya se acesca hora, hijito, de obligar a Rosas; vamos a levantar el poncho toditos contra él. Vamos a dar el grito de aquí en ocho días.

—¿Y Panchita? — pregunté — ¿dónde quedará mientras vamos a la revolución?

—Aquí, con las indias y las mujeres...

—¡No, capitán! ... Pudieran aparecer indios de Leuvucó, y me la quitarían.

—¡Es cierto! ¡Vea hombre! Derechito a aquel monte es el "Pozo del Tala", dos leguas de aquí. Allí hay un puesto, de don Rufino Natel, al cargo de unas mujeres. Se la podís confiar. Iremos juntos...

¡Nos dimos un apretón de manos en silencio, sobre la cumbre del cerro, como un juramento solemne de morir por la libertad de la patria!

VI

La misteriosa mujer era una humilde heroína que arrostraba mil peligros para traer comunicaciones al jefe de la revolución de San Luis, el coronel Romero.

El gobernador de la provincia, el general Pablo Lucero, así como su ministro Pedro Herrera, eran rosistas, pero, las fuerzas militares en que podrán apoyarse, *Auxiliares y Lanceros*, obedecían a Romero, de modo, que cuando éste quisiera caerían aquellos. Tanta seguridad había en el triunfo, que hasta los enemigos abrazaban nuestra causa.

Para el general Lucero, gobernador, era administrar una estancia: él era el capataz. Por eso, cuando la Sala de San Luis se reunía, sin que él la hiciera citar, acudía al recinto de las sesiones y se dirigía a los diputados así:

—¿Quién los ha mandado venir?...

Luego, de pie, estiraba un brazo, abría una mano, y con el índice y el pulgar de la otra, tomaba sucesivamente los dedos de la primera, a medida que decía:

—Yo soy Gobernador... Yo soy Comandante... Yo soy Jefe de Policía... Yo soy Juez... Yo soy Capitán... Yo soy Teniente... Yo soy Sargento... Yo soy Cabo... Yo soy Legislador... ¡Yo soy todo! ... ¿Entienden? Pues, mándensen ustedes cambiar, que cuando los necesite los haré reunir para que hagan lo que yo les mande!...

Los coroneles Romero y Chaves, con el mayor Pío Solano Jofré acaudillaron el movimiento, al cual concurrió la gente del capitán Gatica.

Dejamos las mujeres en el Lince; pero Panchita fué confiada a la noble familia que habitaba el puesto de Natel. Allí la recibieron con el cariño y el interés que inspira en todas las fronteras la cautiva salvada después de una fuga heroica.

Reunidas las fuerzas revolucionarias en la madrugada convenida, el ayudante José Astorga, del batallón de infantería, llevó el asalto al Gobernador, el cual reducido a prisión firmó su renuncia al instante. Lo alojamos en el cuartel de los sublevados, donde yo lo veía sin cesar.

El general Lucero estaba sereno y era bien tratado. Oficial subalterno en los ejércitos de la Independencia, general *rosista* de Provincia más tarde, sobrellevaba altivamente el revés de la fortuna.

La Sala (Legislatura), reunida sobre el tambor, proclamó a Ares y Maldés gobernador interino. Este conferenció con Lucero para evitar el derramamiento de sangre, pero, el gobernador derrocado, persistió en su lealtad a Rosas.

En San Luis había delirio popular. La población se entregaba dichosa a las fiestas públicas decretadas.

Distraídos estábamos todos en la celebración de un *Tedéum*, con salvas, quemazón de cohetes de la India y explosión de *camaretas* cuando llegó un chasque, sin sujetar el caballo, hasta la puerta misma de la Iglesia, donde estaban el gobernador y los principales revolucionarios.

El capitán Iseas, al frente de las guarniciones de Río V, apoyado por los SÁa, venía a marchas forzadas sobre San Luis; y una formidable invasión de indios *chilenos*, salida de la Cordillera por el caíno del *Cerro Nevado* y río *Diamante*, pasaba a saco y fuego los arrabales de la ciudad.

Corrimos a las armas y organizamos la resistencia. El sitio quedó establecido.

Nosotros no sabíamos lo que pasaba en el gobierno; pero la desmoralización de las tropas era grande.

Los amigos de Lucero, cobraban aliento y nos amenazaban públicamente, sin embozo, con las fuerzas *federales* que convergían de todos lados.

Habíamos esperado inútilmente la sublevación de Mendoza, y la creencia de que estábamos *colgados*, como se decía en todos los fogones, eran ya general.

Así sucede, según he visto después en la experiencia de la vida, a los más audaces en todas las revoluciones.

El enemigo se presentó lleno de energía y se peleaba ya en las calles de San Luis.

Estábamos perdidos: pero el Gobierno, ni se entregaba ni fortalecía la resistencia. Todos querían mandar y todos mandaban, anarquizados y recriminándose recíprocamente. La disolución parecía inminente.

San Luis era un pequeño pueblo de 2.600 habitantes, negro, triste, abrumador, apenas sombreado por álamos y sauces.

Las casas eran todas de tierra pisada en cajones o de adobe crudo. La catedral misma era un largo rancho de barro.

Nosotros dábamos servicio entre unas tapias situadas al Sur, a cinco cuadras de la Policía: éramos la última avanzada.

Allí pasaba yo largas horas contemplando los astros de Oriente. Recordaba a mi madre y a los desgraciados de la revolución del Sur de 1839, y entonces mis ojos se humedecían pensando que no éramos más felices en este nuevo pronunciamiento intentado a los diez años.

Mi porvenir era desesperante. Cerradas para mí las guardias del Desierto, perdida mi cabeza en tierra de cristianos. ¿Dónde hallaría refugio y piedad el unitario perseguido?

A la cuarta noche de guardia avanzada llegó el capitán Gatica y me alejó del fogón, para hablarme reservadamente. Recuerdo todavía sus palabras. Fueron estas:

— Na Dominga (la esposa del Gobernador Lucero), que es mujer de alma varonil, ha debido ser encerrada desde el primer día. Ella mandó cartas llamando las fuerzas de Iseas y de SÁa; y ahora mueve intrigas entre los revolucionarios y los ha puesto de punta entre sí. No se entienden.

Los jefes del gobierno y los más comprometidos se están por *mandar cambiar*. Prepará tu caballo para que nos vamos con los nuestros cuando salgan las *Tres Marias*.

Esa noche fugaron los defensores, e Iseas y SÁa penetraron al día siguiente cometiendo cuanto acto bárbaro se les ocurrió.

Fugamos tristemente de San Luis, a favor de las tinieblas, cuando nada podíamos hacer ya por la Patria ensangrentada.

Mi deseo era correr directamente al *Pozo del Tala*, pero no conocía los campos, y el capitán Gatica prometió hacerme acompañar con un vaqueano al otro día.

Llegamos al *Lince* de madrugada. Hallamos las *chinas* y mujeres profundamente consternadas, por la presencia lejana de una gran invasión de indios, que se retiraba hacia la laguna del *Bebedero*.

El capitán Gatica mandó ensillar en el acto los caballos y marchó a esconderse en la sierra de *Chalanta*, al Oeste del cerro del *Lince*, mientras yo, con vaqueano, me dirigía a buscar a Panchita, para reunirme con la caravana de derrotados al caer la tarde del mismo día.

Mi vaqueano era el sargento Rufino Orosco, un puntano que había servido en la guerra de la Independencia, veterano astuto, valiente y de una bondad infinita, bajo corteza salvaje.

Nos habíamos conocido en los toldos, y pocas palabras bastaron para que nuestro destino se confundiera en una solidaridad suprema, porque la vida azarosa del Desierto improvisó vínculos heroicos y perdurables.

Al salir el sol llegamos a la población de Natel. El monte estaba quieto y silencioso. Era raro a la verdad, que como otras veces, no halláramos al paso las vacas mansas y los perros vigilantes.

Pasamos por el corral, sin podernos explicar aquella soledad y nos apeamos en el palenque, en medio de un sosiego misterioso. Gritamos — ¡*Ave Maria!* — y nuestra voz resonó estérilmente. Parecía una población abandonada.

El patio estaba pisoteado por muchos caballos y las puertas de la casa abiertas.

Entramos a la cocina y las cenizas frías revelaban varios días pasados sin que el fuego alumbrara aquel hogar.

El rancho principal distaba pocas varas y nos dirigimos a él. Apenas adentro se escapó de mis labios un grito desgarrador y retrocedí. En un ángulo, recostado en la pared, yacía el cadáver de un paisano entre los despojos del asalto y del saqueo.

El sargento Orosco examinó el interior y salió a buscarme, yo estaba afirmado en un horcón, con la cabeza rodeada por los brazos y el orando.

— Han entrao los indios, — dijo el veterano con voz solemne, — y este pobre los ha peliao de lo lindo defendiendo las mujeres. Tiene un facón al lao, y entre los dedos de la mano izquierda un piazo de poiera. Le han pegao diez lanzas en el cuerpo y un bolazo en la cabeza. Vamos a enterrar este cristiano, amigo, que ya está pogrído, no se lo coman los animales.

Enterramos al pobre héroe, y montando a caballo, silenciosos y tristes, nos alejamos de aquel terrible lugar.

Yo había galopado con ansiedad infinita en busca de la alegría y de amor, y solamente me recibían el silencio y la muerte.

El sargento Orosco estaba impresionado también. Acaso los dolores de su alma revivían como un eco simpático de los míos.

— ¿Qué tal es su cabaio? — me preguntó de improvisto...

— Muy bueno. Es *Maicá*, uno de los caballos preferidos de Painé.

— Entonces, amigo, le propongo un viaje largo. A que himos

de dir ónde Gatica. El se vuelve a los toldos, y ay lo han de matar a uster por haberse desertao con la Panchita. Yo no quiero vivir más con los infieles. Vamo a Chile donde está el general Madrid, y con él volveremos a pellar...

—Sí, es nuestra salvación — dije — pero, ¿qué comeremos? Yo no tengo armas.

—Comeremos lo que Dios quiera — repuso y sacando un sable de entre las caronas me lo dió, diciendo — yo con la lanza y este trabuco tengo bastante.

En cuatro días llegamos al *Diamante* y pasamos el *Chad* *Lendón*, después, por temor a hallarnos con enemigos tomamos para el Sur, dejando a los Andes a la derecha; y siguiendo el *Atuel* llegamos hasta el *Rincón de los Huemubes*, donde hicimos campamento para pensar despacio.

Asábamos unos alones de avestruz, cuando se nos apareció un indio.

Nuestros ponchos y vestidos de tipo indígena le inspiraban confianza, sin duda, y apenas nos encaramos, exclamó:

Mari-mari, peñi... Cheu mapú eimi... (Buenos días hermanos... ¿De qué tierra son ustedes?...)

—*Haincá epu... Ranquel Mapú...* (Somos cristianos los dos, de la tierra de los ranqueles) contestó el sargento Orosco, que empezaba a hablar la lengua de los indios.

Al pronunciar la palabra *¡Huincá!* (cristianos) el indio se alzó, como el héroe que se apercebe denodadamente un peligro inopinado, y biandió la flexible lanza.

El veterano comprendió la situación; y sin vacilar, desarmado como estaba, se adelantó a pie hasta el indio, le tendió la mano, y luego palmeó el pescuezo de su caballo, preguntándole:

—*Chu che eimi...* (¿De qué gente es usted?)

Inché gulmen muluche twa pehuenche mapú (Yo soy el cacique de los muluches, del País o de la Nación de los *pehuenches*.)

El diálogo se trabó y supimos que el indio campeaba un caballo, que se le había disparado en la noche.

El indio se confiaba y parecía creernos. Por nuestra parte aparentábamos una tranquilidad absoluta y lo invitamos a *churrasquear*.

El indio se apeó resueltamente y sacó de las alforjas de su recado un naco de tabaco del Paraguay, extendiéndoselo generosamente al sargento Orosco!...

—¿Quién es este mozo?

—El *Escribano* del Gran Cacique *Painé...*

El indio me miró con asombro, con reverencia, con alegría y me abrazó diciendo siempre en araucano.

—Cuenta con un amigo. Soy indio *guapo*, pero amigo de los cristianos... Mi padre fué amigo del general Aldao y mi hermano estuvo en la escuela de Mendoza...

El cacique era más locuaz con el veterano. Yo hablaba poco y él me observaba de soslayo con profunda sagacidad.

—Este cristiano ha dejado su *china* y está triste, dijo el profundo filósofo del Desierto, palmeando mi espalda.

Había leído en los ojos, que no me preocupaban traiciones sino torturas del alma. Yo me sonreí tristemente, pensando que este bárbaro generoso y ^{en} *eyenda*, había disipado las últimas ilusiones de mi vida, cruzar ^{en} *eyenda* el camino de mi esperanza!

Me limité a contar luz arriba...

—Estoy triste, pc

que me tocará entre

los *Pehuenches*, después de la muerte de mi protector el Gran Painé...

—Yo, interrumpió el indio, seré su amigo. Usted vivirá en mis toldos con su camarada. Yo tengo *noques* llenos de trigo y de maíz. Tengo *pulcú* para dos años. Tengo pilas de zapallos y sé bolear gamas y avestruces. Todo lo divido con mis amigos y parientes. Vámonos a donde está mi gente...

El salvaje estaba encantado con nosotros.

Confórmese amigo — me dijo Orosco — mire que esta es desgracia con suerte.

Montamos y nos fuimos con el cacique Paguitú a su pequeño campamento, donde nos recibieron muy bien.

—Ustedes no van a soportar los fríos — nos dijo — después les daré más cueros para que se abriguen más... Ya se viene la nevasca...

Y aquella noche nevó.

A la madrugada el campo parecía cubierto de harina, todo blanqueaba, desde los llanos hasta las cumbres.

Mientras churrasqueábamos un tierno costillar de gama, Pagintú mandó, con gran sorpresa mía, ensillar los caballos y el campamento blanquecino se puso en actividad.

Marchamos, pues, ese día, envueltos en quillangos, que sacudíamos de tiempo en tiempo para arrojar la nieve.

El suelo estaba cubierto de una capa de dos pulgadas por lo menos, desmenuzada, como grueso polvo, en el cual se enterraban las caballerías hasta la ranilla.

Habíamos caminado medio día, entre las ondulaciones del flanco de los Andes, cruzando algunos ríos secos, arroyos de escaso caudal, cuya superficie helada rompían con estrépido los caballos.

El camino entraba allí a un ancho valle, encajonado por las sierras, a cada jornada más altas.

Del centro del valle surgían altos promontorios blanquecinos: eran isletas de chañares, piquillines, jarillas, molles y sombras de toro, de considerable desarrollo.

El país me había parecido siempre inhospitalario, estéril y sin atractivos para las artes ganaderas y agrícolas, cuando estos borquecillos interrumpidos vinieron a alterar la monotonía y miseria que contemplábamos.

Apenas entramos al valle, uno de los indios que iba más avanzado, dió vuelta y marchando a la carrera hacia nosotros, hizo rayar su caballo cerca de Pagintú y gritó:

—Cacique! En el primer monte, al lado de la Cordillera hay gente. Se ve un humo...

En el acto fué desprendida una descubierta de cinco guerreros y seguimos la marcha con precauciones.

La avanzada corría sobre la nieve, y se perdió entre los montecillos blancos, para reaparecer media hora más tarde con grande algarada.

Allí, vivaqueando a la orilla de un arroyo congelado, en ramadas hechas bajo los árboles, estaba una grande embajada diplomática del soberano de los "Pehuenches". Los emisarios buscaban con urgencia a Pagintú, y no encontrándolo en sus toldos, habían resuelto salirle en su camino.

La caravana se organizó para hacer una entrada decorosa. Los cargueros de bagajes quedaron a un lado y el escuadrón de lanceros formó gallardamente a Orosco como capi-

tanejo de su escolta, y el veterano hizo molinetes con la lanza, y mandó romper por cuatro a la derecha.

Luego, las escoltas de Pagintú y de Laycá, el cacique embajador, simulaban cargarse, corrían y gritaban con muestras de gran alegría, que era una de las formas del agazajo.

Témpanos entre un bosque de nieve, Pagintú mandó invitar a nuestro fogon a Leycá, y sus capitanejos.

Leicá le hablo de esta manera.

“Cacique afortunado”:

“Nuestro invencible Jefe, Soberano de todas las tribus y parcialidades “Pehuenches”, nos encarga saludarte con cariño, deseando que tus mujeres, suegras, suegros, cuñadas, cuñados y toda la familia, caciques y capitanejos y soldados estén felices y vivan ricos y en paz, y en prueba de sus deseos fraternales te ofrece por nuestro intermedio dos caballos alazanes, a los cuales jamás escaparon las gamas y los avestruces en el campo, ni faltó la tierra bajo los pies, corriendo entre guadales, barrancos o montes sucios de tronquería.

“Nuestro Soberano celebrará de aquí a dos lunas las fiestas más grandes de que tengan noticias los indios viejos de los dos lados de “Vutá Mahuida”.

“Los caciques generales hubieran querido demorarlas hasta “Elláhuliuong” (2) cuando se derriten las nieves, braman los tigres, hacen nido los pajaritos y florecen las plantas y los árboles de la Tierra; pero nuestro Jefe está apurado porque son fiestas de amor.

“Los caciques de las naciones argentinas y chilenas de las faldas de “Vutá Mahuida” están convidados, desde la tierra de “Vorohué” (Lugar de los huesos) y País de los “Lemu” (Montés) hasta las regiones valdivianas y de “Chilihué” (Nueva Chile); y desde los toldos de “Malahué” hasta los que se alzan en las márgenes del “Macú Leuvú” (Rio Agrio), “Collon Curá (Máscara de Piedra), “Limay” (Sanguijuelas) y lago de “Nahuel-Huapi” (Isla de los Tigres).

“Nuestro Jefe te pide, pues, que vayas con tu gente de Gobierno, a acompañarlo en sus alegrías, y te manda decir que no podría conformarse nunca si faltara a las fiestas el insigne guerrero e invencible cacique del linaje de los leones. Esto te dice pues, nuestro señor”.

Pagintú contestó dignamente, como enseña la oratoria araucana, que a un cumplimento y a una razón, hay que hacer mil cumplimientos, y dar muchas razones.

VIII

Tanto Orosco como yo estábamos deseando separarnos de los indios, y en la primer ocasión nos marcharíamos, en tanto, había que disimular y soportar.

Tras dos días de marcha llegamos a la toldería de Pagintú, una aldea rústica, en su mayoría de ranchos de quinchá, y que, para aquel cacique, señor de diez aduares, era una gran ciudad.

Durante la noche hubo borrachera, bailes, cantos que unas veces parecían aullidos y clamor de pelea las otras, orgías y escándalos de todo linaje.

En vez de mezclarnos a las peligrosas expansiones, nos fuimos con Orosco a dar una vuelta por lasafueras; pero, un indio se nos pegó incomodamente.

Mirávamos el cerro Payen, emponchado de lona, y el indio, para ganarnos, nos contó una leyenda.

Creo que se ve una luz arriba del cerro!... dijo con honda emo-

ción el sargento Orosco, y me tocó el brazo, sin que el indio lo notara, alejándose en seguida hacia la fogata que ardía frente al rancho del cacique.

Yo lo seguí despacio y con disimulo mientras el indio miraba con avidez al cerro encantado, descubriendo acaso no una sino cien luces.

El emjambre de perros ladraba a nuestra aproximación y el veterano aprovechó el estrépido para decirme:

—Hijito, en ese cerro está nuestra salvación. Yo sé que de ay sale un camino pa el sur de Güenos Aires y si ganamos esas pampas de Dios cualquier estanciero no hay tener a su lao, hasta que se cambie el Gobierno o hasta que pase un ejército pa riunirnos.

No concluyó su pensamiento. El indio estaba otra vez al lado nuestro. Golpeó sonriendo la espalda del sargento Orosco y gritó:

—“Huincá! Coyllál! ... Coyllápeñi Huincá Nalay Payen Güthral... Cristiano mentiroso... mentira de mi hermano el cristiano... No hay fuego en el Pagen).

Los indios, prodigio de agilidad sobre el soballo, son peatones pesados y vacilantes con sus piernas arqueadas, y el cuerpo inclinado siempre hacia el suelo, como si el peso de la cabeza los venciera.

De esta circunstancia sacó partido el sargento para continuar nuestra conversación y en vez de contestar al indio, que nos miraba con cara de pascua, respiró fuertemente se frotó las manos y fingiendo las contracciones nerviosas del que tiritita, exclamó:

—“Chuy!”... Chuy!” ... (Que frío).

Y se lanzó a la carrera. Yo gritaba a la vez:— “Chuy! Chuy!”... —y lo seguía, mientras el indio rezagado a algunas varas atrás intentaba en vano darnos caza.

—Hijito, decía Orosco muy quedo, ese infiel es un espía que nos han puesto.... Hagamos maña pa juir al cerro. Ni toitos los indios juntos se animarán a subir, y una noche nos apretamos el gorro...

—Herμανitos, no corran tanto que yo también soy como el avestruz, gritaba el indio...

Y en verdad, no alcanzó al instante. Era ágil como un venado y astuto como el zorro, porque agarrándome fuertemente del brazo, agregó:

—Cristianos desagradecidos. Andan por fugar... los voy a matar...

¡Comprendía el castellano y había escuchado nuestro diálogo furtivo, o la sagacidad excitada del salvaje descubría en nuestros movimientos los designios supremos del corazón de los cautivos?...

El “pampita” nos dejó solos y se dirigió a paso acelerado al toldo de Pagintú, con la mitad superior del cuerpo inclinada, como yéndose debruces!...

Nos refugiamos en nuestro toldo, la aldea rugía en el desenfreno de una bacanal bárbara, donde cacique y embajador celebraban su encuentro y sus correrías.

A media noche vino un capitanejo y nos dijo:

—Les pide el cacique que no salgan de su casa, porque los indios están alborotados con los cristianos...

El sargento Orosco revisó su trabuco, le cambió la ceba y arregló una mullida cama de pieles cerca de la puerta del toldo. Yo me acosté en el fondo y permanecí mucho tiempo despierto, oyendo los ruidos lejanos a veces, próximos a menudo, de la espantosa bacanal.

Al día siguiente el sol penetraba por las innumerables grietas de la quinchá, cuando abrí los ojos. El sargento Orosco estaba sentado al lado del fogón, tan pensativo como en los días anteriores.

—Buen día sargento, le dije.

—¡Buen día, hijito!...

—¿Qué sabe de nuevo, usted que ha madrugado?

—¡Ay!... las cosas van de mal en peor. El espía nos delata de seguro. Hoy tempranito anduvo el Cacique y otros "pampas" fierilalcancé a oír que nos desconfiaban.

—"Mari, mari",— dijo Pagintú entrando de improviso.

—Mari, mari— respondimos, poniéndonos de pié.

—Vds, son muy confiados — dijo el cacique — anoche anduvieron solos por el campo, y los indios borrachos los han pddido aseinar...

—Siendo amigos suyos nos han de respetar — dije yo.

—No— repuso — en toda tierra hay buenos y malos.

Cuando mandamos comisionados a las ciudades de ustedes, éstos son muy bien tratados por el Gobierno; pero en las calles hay siempre gente que se ríe de ellos, los insulta y quisiera matarlos. Lo mismo sucede en los toldos y yo no puedo estar en todas partes. Los indios andan alborotados, porque "Pichí Choroy" (Pichí, pequeño; Choroy, loro) uno de mis caciques más jóvenes, valientes y diablos, dice que les ha sorprendido una conversación en que ustedes proyectaban irse por el "Payen'í...".

—No hay tal, Cacique, gritó Oroasco en araucano, imponiéndose audazmente. Nosotros no pagaremos jamás con la traición su amistad. Ese indio pícaro nos relató una historia de los que han subido al "Payen" y no han bajao, y yo le dije a mi compañero que habíamos de pedir licencia a usted, pa dir, en la seguridad de que volveríamos, probando que no hay tales diablos arriba...

—Yo los quiero y los trato como a mi familia. He creído que Pichí Choroy ha entendido mal. El sabe la castilla porque ha ido varias veces a Chile en comisión; pero siempre se equivoca, como ahora. Tengan cuidado con este indio, porque es malo y astuto.

En este mismo instante entraba Pichí Choroy con el cuchillo en la mano, gritando:

—Voy a matar estos perros traidores...

Pagintú dió vuelta la cabeza y ante su mirada de fiera herida, quedó firme el atrevido, con dificultad, porque la borrachera lo tumbaba.

—Con tu cabeza me respondes de la vida de estos cristianos, exclamó Pagintú. Son mis amigos, son mis hermanos!...

Y salió del toldo dejándonos solos con Pichí Choroy. El sargento montó el trabuco abajo del "quillango" y me dirigió una mirada que parecía decirme: — ¡Alerta, hijito!...

El bárbaro gruñó, avanzaba tambaleando hacia nosotros, retrocedía después, daba cortes al aire y puñaladas a la quincha, hasta que cayó como plomo enterrando el cuchillo en el suelo. Volvió a levantarse apenas, dió dos hachazos a un palo, se limpió con un poncho mío la baba de la boca y salió, para caer de nuevo cerca de la puerta, gritando:

—¡Perros cristianos!

IX

Era necesario escapar. Si marchábamos con Pagintú a las puertas Huamanecul la fuga sería peligrosísima, pero ¿cómo escapar? Nos vigilaban tanto, y luego, no teníamos caballos.

Cercana la aparición de la nueva luna la toldería comenzó a agitarse en los aprestos para las fiestas de Huamanecul. Todos se aprontaban, solo nosotros, echados de barriga, no preparábamos nada.

El día de la partida estaba fijado, y los bailes y borracheras de despedida volvieron de nuevo a encender pasiones y a remover peligros a nuestro alrededor.

Una tarde encerraron en el corral de Pagintú una hermosa tropilla de tordos rodados, orejanos. Era un grupo de diez animales esbeltos, arrogantes y nerviosos.

El caballero habló con el jefe y se dirigió al galope a nuestro rancho diciéndonos desde afuera:

—Dice el Cacique que mañana nos vamos y que allí tienen los caballos para ustedes...

El sargento Orosco tuvo un momento feliz! Esos briosos redomones podían ser una esperanza y una realidad!.

—Vamos hijito, me dijo. ¡Siquiera podemos decir que estamos a caballo!

Hubo que resignarse. Partimos al fin, Orosco al mando de veinte lanceros, yo con el grupo de la gente del Cacique.

Caminamos diez días, y en las juntas del Macú Leunu con el Neuquen nos detuvimos mientras una lujosa embajada se adelantó a visitar al cacique Huananecul, y pedirle permiso para entrar a sus tierras.

La embajada no regresó a nuestro real; pero en el lugar de ella se presentó a Pagintú en la mañana inmediata una soberbia comitiva de cincuenta dignatarios "pehuenches", presididos por Loycá. Después de las carreras de caballos y enronquecedoras alharacas de estilo. Loycá llegó hasta el mismo Pagintú y le dijo en presencia de los grupos de grandes de uno y otro lado:

"Glorioso cacique picunche":

"Nuestro señor ha recibido con júbilo tus comisionados pidiendo permiso para correr sus tierras"

"Te espera con buen corazón y te manda decir que sus dominios son tuyos y que en ellos tú eres sagrado" Avanza pues, con tus guerreros, y él estará para recibirte en las colinas del "Macú Leuvú. Esto te manda decir, pues, mi señor".

Sucedió al discurso nueva algarada, carreras, ejercicios ecuestres, gimnasia de lanzas y chupandina general.

Una hora después estaban hechos los cargueros y la comitiva se puso en marcha hacia la "Gobernación de los Pinares, Pchuen Mapú", como llamaba a su imperio Huamanecul.

Llegamos antes de ponerse el sol a las alturas que dominan la entrada al valle de la confluencia y sobre ésta se desarrolló a nuestra vista el panorama sonriente de las rancherías, rastrojos, ganados y fogones de una población numerosísima, que se perdía de vista entre los pliegues gigantescos de la Cordillera.

Trescientos jinetes avanzaron dispersos sobre nosotros a la furia de los caballos y con salvaje alharaca, como una bandada de cóndores fusilados en un rodeo...

Corrieron muchas veces alrededor nuestro, haciendo prodigiosos ejercicios y se reorganizarán de Huamanecul que, con tres clarines coronaba un cerrillo. Pagintú avanzó al galope con los suyos, se abrazaron los caciques, y formando una masa informe de indios, cargueros y chinas, descendimos al valle en ruidosa caravana. La noche entraba y no pudimos ver bien a los que nos recibieron, pero, eran muchos, más de cuatro mil. Estábamos en el seno de un grande imperio.

Al día siguiente el tumulto de las carreras, los festejos, la alharaca, los ladridos de los perros, y las aclamaciones del populacho me envolvió alejándome de Pagintú, felizmente di con Orosco y sus lanceros, que también vagaba extraviado.

Un indio de la escolta nos invitó a ir a una legua de allí, donde vivía parte de su familia. Fuimos allá y como cada indio se había preparado para alojar a sus parientes, fuimos bien recibidos y atendidos.

El toldo del capitanejo Melicurá, ofrecido con la nobleza de un gran señor, nos pareció espléndido.

En ambas orillas del "Macú Leuvú" ardían fogones iluminando grupos entusiastas, entregados a orgías desenfundadas en honor de los novios y de los huéspedes.

Nuestro vivac no era de los menos concurridos. En él se bailaba, chupaba y gritaba hasta quedar ronco los más alegres. La conversación de los más graves rodó sobre la mujer extraordinaria que había inspirado al cacique la pasión delirante, a la cual consagraba las fiestas memorables.

Para los unos era misteriosa criatura de origen desconocido, de una belleza peregrina, como no recordaban haber visto en tribu alguna, los indios más viejos y que más tierras habían recorrido.

Algunos bárbaros sospechaban que pudiera ser una cautiva; pero otros rechazaban energicamente la suposición, alegando que poseía la lengua araucana también, que su origen indígena era indiscutible.

¿De dónde había venido? Su aparición en el país de los Pehuenches alcanzaba en verdad los caracteres propios de la leyenda y un indio viejo, feo y baboso, tío de nuestro anfitrión la refirió de esta manera.

X

Internado en las Córdilleras un día el gran cacique Huamanecul con un escuadrón de los suyos en el cual iba yo, acariciaba el osado intento de escalar las laderas del volcán de "Antucó" (Aguas del Sol) y respirar sobre su boca humeante, mirando desde allí al seno de la tierra.

"Contrariábamos sus soldados un propósito en cuya realización veíamos la muerte inevitable de nuestro jefe, pero él cruzó obstinadamente el valle inmediato al volcán para hollar en breve la cuesta de su falda.

"Surgió entonces de improviso a nuestros ojos sorprendidos un grupo de jinetes fantásticos. Huamanecul avanzaba sobre ellos y desaparecieron misteriosamente, como el humo que disipa el viento. Sus caballos corrían con la velocidad de las aves en el aire.

"Cuando llegamos al lugar donde estuvieron acampados, encontramos sus fogones humeantes y en ellos la carne asada que no habían tenido tiempo de comer. Allí estaba también enferma, entre unos arbustos, una china joven y encantadora.

"Eran de tal manera sobrehumanos los jinetes, y tan rara la presencia de esta india en el campamento abandonado, que tomamos el suceso como obra de los espíritus.

Los ancianos y adivinos de la comitiva del Cacique se reunieron inmediatamente en Junta solemne para interpretar el prodigio, y después de larga deliberación, al pie del Volcán de "Antucó", hablaron a su señor de esta manera:

"Cacique:

"No continúes tu viaje. La muerte sin duda te espera arriba. El "Espíritu Bueno" (Huenú Pillan) ha querido retenerte abajo poniendo en tu camino esta hermosura, para que regreses con ella a velar por el bienestar de tu pueblo".

"Esta mujer es mensajera de vida y prosperidad para tí y para nosotros, y nos la envía el Espíritu Bueno, cuando la tormenta nos amenazaba. Debes llamarla "Relmu" (Arco-Iris) y hacerla tu es-

“posa, que es como desposarte con la suerte. Esto dicen, pues, los “adivinos”.

“La comitiva regresó y el prodigio atrajo al toldo de “Relmu” una romería innumerable de gentes llegadas de los lejanos confines del Imperio, ansiosas de cotemplar a la hija de los Cielos”.

A nuestro arribo era la esposa de Huamanecul, y la fiesta a la se nos invitaba era el Gran Parlamento en el que Relmu iba a ser presentada como “Reina de los Pinares”, la primera de las siete esposas del soberano.

Era noche no se durmió, y apenas apuntó el día púsose todo el mundo en movimiento.

Yo llegué tarde, le dejé mi caballo a un lancero de Orosco, y deslizándome por entre los caballos fui avanzando hacia el cuadro.

El caballo de uno de los indios que ejecutaban audaces ejercicios en la calle libre, se agachó a cacarear, arrojándose como una fiera sobre las turbas.

La indiada huyó lespavorida, y así vine a quedar en una altura desde la que dominé el Parlamento.

Quedé pálido, mudo, estupefacto!

Maquinalmente casi soñando, pues jamás he vuelto a tener una noción clara de lo que aquel instante pasaba en mi alma, me resolví como otra bestia desbocada en el seno compacto de la muchedumbre salvaje.

Empujaba de espaldas haciendo pie con fuerza hérculea, metía los hombros, daba puñetazos, me perfilaba, y, ganando terreno, golpeaba los grupos con la cabeza, como toro enfurecido, hasta sublevar en torno mío una tempestad entre los indios, muchachos, mujeres y perros zamarreados.

Un clamor formidable se alzó ante la arremetida inopinada; y los más audaces se revolvían entre masa para abrise paso y llegar hasta mí. Yo no me detuve, no escuchaba, no veía. Me arrastraba una fuerza fascinadora superior a todos los peligros y a todos los poderes humanos.

Los caciques del Parlamento se fijaron con asombro en el tumulto y algunos hasta se pusieron de pie. Una guardia de lanceros avanzaba a gran galope desde el fondo del cuadro para restablecer el orden; pero yo estaba ya fuera de la muralla humana, en la calle circular, a diez varas de la Asamblea, contemplándola con el delirio de un loco enfurecido.

Cruzaron por mi imaginación, como exhalaciones, las caras de Pagintú, de Huamanecul y de otros caciques, que permanecían sentados con arrogancia y dignidad!

Recuerdo como en sueños que ví anchos cogines de telas azules y de pieles, y reclinada sobre ellos a la misteriosa “Relmu”, la “Reina de los Pinares”, que daba la espalda hacia donde yo salía forcejeando.

Mi perplegidad en la calle libre, bajo la airada contemplación de los caciques, duró un instante fugaz y al avanzar voluntaria, pero firme y misteriosamente, grité, con acento desesperado:

—¡Panchita!...

“Remul” volvió la cara y lanzando un grito desgarrador cayó desmayada en los brazos de Huamanecul.

Después nada ví. Conservo el recuerdo de sensaciones sangrientas como reminiscencias de un sueño antiguo.

Una mano hérculea, con garras en vez de dedos, me arrastró de los cabellos arrojándome contra el suelo. Golpes ciertos herían mis

carne y sentí espeluznado la humedad de un líquido caliente, que corría desde mi pescuezo a lo largo de la espalda.

Me aturdieron, al principio alaridos, maldiciones y tropiezos que degeneraban en ruidos vagos, en rumores apagados... en vértigos, en medio de los cuales daba vueltas en torno mío con algarabía infernal... Me sobrevino un mareo horrible, y después ¡Nada!

E. S. Zeballos

“VELCAS”

Pastillas restauradoras del Dr. Franklin

Para las enfermedades de la sangre y de los nervios

Si sufre Vd. de alguna de las enfermedades que provengan directa o indirectamente de mal estado de la sangre y de los nervios, tal como nerviosidad, debilidad mental, fiebres, gripe, anemia, enfermedades de la piel de cualquiera clase, recuerde que en las Pastillas Velcas encontrará el mejor tratamiento que en este siglo se ha producido. Deseamos que Vd. sepa cómo y porqué es el mejor.

El sistema, cuando es robusto, produce en cantidades enormes los corpúsculos albo-sanguíneos, que son los soldados del cuerpo, los defensores de la salud. Si se encuentra enfermo quiere decir que el sistema no puede proveer estos corpúsculos con la rapidez necesaria para destruir los gérmenes de la enfermedad. En tal caso se necesita ayuda de fuera y ésta la proporcionan las Pastillas Velcas. Cuando las toma es ni más ni menos que aumentar artificialmente estos corpúsculos, pues los ingredientes que forman las Velcas fueron recogidos con esta idea. Esta es la única razón porque las Pastillas Velcas vencen a las enfermedades de la sangre.

La cuestión por lo tanto es de simple matemática: **Aumentar con elementos defensores es vencer la enfermedad.** Introdúzcase estos elementos defensores en la sangre y déjese a la sangre que haga lo demás.

Hombre o mujer, si está enfermo de la sangre o de los nervios, las Pastillas Velcas son las que necesita. Cómprelas hoy mismo. De venta en todas las boticas, droguerías, etc.

Dr. FRANKLIN'S VELGAS LABORATORIES,

55 WORTH STREET, New York.

Sr. Dr. FRANKLIN:

Por cuatro meses consecutivos padecí de varias enfermedades resultantes de la mala condición de mi sangre como también de la nerviosidad que sufría desde mi niñez. Anemia, un agudo dolor en los riñones y pérdida de memoria eran mis padecimientos principales. Leyendo uno de sus auncios, vi en seguida que todos mis males procedían de la escasez de los corpúsculos albo-sanguíneos, pues la anemia misma no es otra cosa sino palabra para expresar esta condición de la sangre. Por recomendación de mi señor padre, quien la había tomado con excelente resultado en casos similares a los míos, probé las Pastillas Velcas. No tengo que agregar más a esta escritura, pues dentro de poco había recobrado mi salud y mi antiguo bienestar. El dolor de los riñones y pérdida de memoria han desaparecido para siempre. Reciba las gracias de

ALBERTO RODRIGUEZ Y GOMEZ, Estudiante

Animas No 34 Bajos, Habana, Cu .

La Novela Semanal

Aparece todos los lunes con una obra completa e interesante de los mejores escritores argentinos.

PRECIO DEL EJEMPLAR: \$ 0.10. — Suscripción única anual \$ 5.

PARTE DE LAS PUBLICADAS

44. El Ucumar, por Ricardo Rojas.
45. Poligamia sentimental, por E. Carrasquilla Mallarino.
46. "Ches Míne. Lucie", por Julio del Romero Leyva.
47. La historia de la muchacha, por Agustín Ramón.
48. "Caballero Andante" — Homenaje a Diego Fernández Espiro, por Hugo del Monte.
49. "El chino del Dock Sur", por Héctor Pedro Blomberg.
50. "El cocobacilo de Herrlin", por Arturo Canela.
51. El Héroe, por Eligio González Cadavid.
52. Una Historia Absurda, por Pilar de Luzarreta.
53. Confesiones de una mujer, por César Carrizo, en tres partes.
54. "Le jour de Gloire est arrivé", por Julián de Charra, en homenaje a los aliados.
55. Los ojos negros, por José López Silva.
56. La Pasarela, por Otto Miguel Clone.
57. La psicología de los celos, por José Ingenieros.
58. "Homunculus", por Pedro Angelici.
59. El Marqués de Santalucía, por Sara H. Montes.
60. El misterio de la calle Maipú, por Alfredo Palacios M.
61. "Stella", por César Duayen, en 2 partes.
62. "La Suerte", por Pedro Sonderéguer.
63. El Capitán Morillo, por Julio Llanos.
64. La Serena Prosa, por Arturo Giménez Pastor.
65. Una semana de holgorio, por Arturo Canela.
66. El comprador de cadáveres, por E. Carrasquilla Mallarino.
67. Fray Mátacandelas, por E. Richard Lavalle.

A LOS ESCRITORES:—No se admiten trabajos en esta Dirección que no sean escritos a máquina, no se devuelven los originales, ni se sostiene correspondencia sobre los mismos.

Aun enfermizos e inquietos los niños encuentran el Jarabe de Higos "California" agradable al paladar.

Si los niños están febriles, biliosos o estreñidos, deles inmediatamente un laxante de fruta.

No regañe al niño inquieto y malhumorado.

Vea si tiene sucia la lengua; esta es la señal evidente de que el estómago, hígado y los intestinos del niño están obstruidos con las heces.

Cuando los niños estén indiferentes, pálidos, febriles, tengan resfriado, el aliento fétido, mal de garganta, no comen, duermen ni se portan bien; si tienen dolores de estómago, indigestión, o diarrea, déles una cucharadita del Jarabe de Higos "California", y en pocas horas hará expeler todas las heces, las billis ácidas y el alimento fermentado de los intestinos, y el niño estará bien y contento otra vez. Los niños encuentran muy agradable al paladar

este "laxante de fruta", y las madres pueden estar tranquilas después de dárselo, pues siempre limpia interiormente los órganos, al propio tiempo que los afloja.

¡Madres, ténganlo siempre a la mano! Un poco que se le dé hoy, salvará al niño enfermo mañana; pero compre el genuino. Pídale al boticario una botella de Jarabe de Higos "California", encontrará las direcciones impresas en la botella, para niños de todas las edades y para adultos. Acuérdesse de que hay otros Jarabe de Higos falsificados, así, pues, fíjese bien en que el que usted compre tenga el nombre de "California Fig Syrup Company". Devuelva cualquier otro jarabe de higos.

Para informes: LUIS F. MILANTA, Rivadavia 1255

A PROPÓSITO DE GRAMÁTICA

SASTRERIA
CONFECCIONES
CAMISERIA
LAYETTES
LENCERIA
MODAS
BONETERIA
CALZADO
SOMBRERERIA
TIRADORES
GUANTERIA
GRAMOFONOS
CORSETERIA
LUTOS
NOVEDADES
BASTONERIA
SPORT
JUGUETERIA
CORBATERIA
VIAJE
PAROLERIA
TOILETTE
CRISTALERIA
REGALOS
TAPICERIA
BARO
PERFUMERIA
BLANCO
PLATERIA
ESTUCHES
AJUARES
BISUTERIA
FANTASIA
MARROQUINERIA
GEMELOS
RELOJES
CARTERAS
VALIJERIA

ARTICULOS
GENERALES
PARA
HOMBRES,
SEÑORAS,
NIÑOS Y NIÑAS

“METALEPSIS”

La metalepsis es una especie de metonimia que consiste en tomar el antecedente por el consecuente o al contrario. Por esta figura se traslada no el sentido de una sola palabra si no el de toda una oración.

POR EJEMPLO

Quando una señora inteligente y versada en el arte de comprar, censura a su amiga por la adquisición de mala calidad y de precio inadecuado que acaba de efectuar, y le dice en tono de reproche: - Acuérdate de que

A. CABEZAS es la casa más conveniente para compras, hace con esta frase una de las más finas y correctas metalepsis, porque con ella no le invita a que permanentemente tenga en cuenta que, para comprar bien, esto es, para adquirir

ARTICULOS DE BUENA CALIDAD Y
PRECIOS EQUITATIVOS YA RESIDA EN LA
CAPITAL, INTERIOR O EXTRANJERO, NO
DEBE TORCER EL CAMINO QUE CONDUCE A

LA CASA MAS CONVENIENTE PARA COMPRAS

ARTICULOS
GENERALES
PARA
HOMBRES,
SEÑORAS,
NIÑOS Y NIÑAS

VALIJERIA
CARTERAS
RELOJES
GEMELOS
MARROQUINERIA
FANTASIA
BISUTERIA
AJUARES
ESTUCHES
PLATERIA
BLANCO
PERFUMERIA
BARO
TAPICERIA
REGALOS
CRISTALERIA
TOILETTE
PAROLERIA
VIAJE
CORBATERIA
JUGUETERIA
SPORT
BASTONERIA
NOVEDADES
LUTOS
CORSETERIA
GRAMOFONOS
GUANTERIA
TIRADORES
SOMBRERERIA
CALZADO
BONETERIA
MODAS
LENCERIA
LAYETTES
CAMISERIA
CONFECCIONES
SASTRERIA

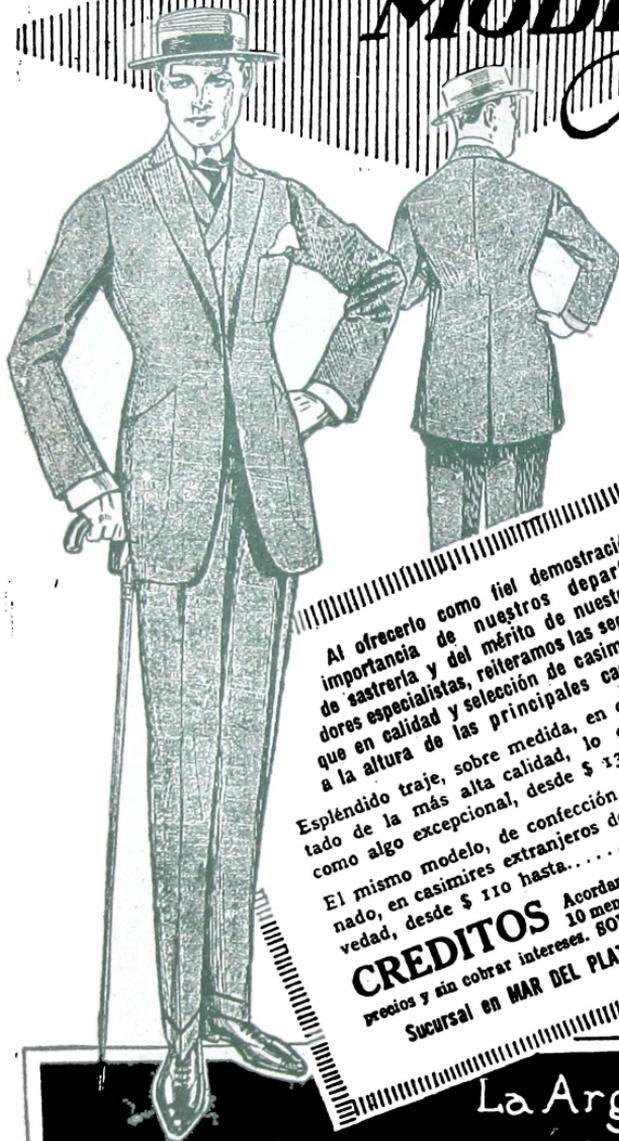
A. CABEZAS

SARMIENTO ESQUINA SAN MARTIN (B. A.)

CREDITOS Los ofrecemos a todo el mundo, desde \$ 50 hasta \$ 10.000, a pagar en 30 meses, sin interés, comisión ni recargo alguno.

INTERIOR Los clientes del interior y exterior, que hacen sus compras por correo, gozan de las mismas ventajas que los de la C. Federal

NUESTRO ULTIMO MODELO



Teniendo en cuenta las más modernas reglas de la moda y procurando que en todos los detalles del traje, aquella armonice con los delicados gustos de los hombres elegantes, hemos creado el presente modelo de gran chic y notable distinción.

Al ofrecerlo como fiel demostración de la importancia de nuestros departamentos de sastrería y del mérito de nuestros diseñadores especialistas, reiteramos las seguridades de que en calidad y selección de casimires estamos a la altura de las principales casas europeas.

Espléndido traje, sobre medida, en casimir importado de la más alta calidad, lo ofrecemos como algo excepcional, desde \$ 130 hasta \$ 90

El mismo modelo, de confección, muy bien terminado, en casimires extranjeros de última novedad, desde \$ 110 hasta..... \$ 75

CREDITOS Acordamos créditos pagables en 10 mensualidades, sin alterar los precios y sin cobrar intereses. **SOLICITEN CONDICIONES.**

Sucursal en MAR DEL PLATA: San Martín, 2573

La Argentina
A. DE MICHELI y C^{LA}
 Avda de Mayo 1001 esq B. de Irigoyen